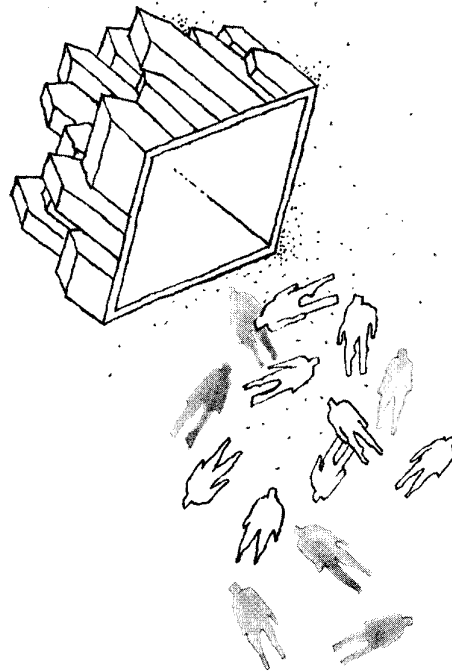


La Ciudad Desnuda. Surgimiento de una nueva condición humana¹

Michel Agier²



sección especial

Palabras clave:
*Violencia, despojo,
desplazados, campos de
refugiados, periferias
urbanas.*

*Recibido: 2-03-2001
Aceptado: 23-08-2001*

¹ *Una primera versión de este texto fue objeto de una conferencia en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 28-03-2000.*

² *Antropólogo. Especialista en Estudios Urbanos. Doctor de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de Paris. Directeur de Investigación en l'Institut de Recherche pour le Développement (IRD), Paris.*

RESUMEN

Sobre fondo de guerras, violencia y éxodos interminables, cincuenta millones de refugiados y desplazados llevan, hoy día, una vida alejada de los marcos sociales y de los espacios ordinarios durante períodos de tiempo largos (varios años, ciclos de vida completos). Se trata de nuevas formas de urbanización precarias, provisionales y/o clandestinas, marcadas por la acumulación de pérdidas materiales y sociales, por el despojo y por el rechazo. Es esta condición humana y urbana a la vez, la que queremos llamar *Ciudad Desnuda*. El artículo evoca tres maneras de observación de esta condición: las ciudades destruidas (como caso ejemplar de la destrucción original que provoca el despojo), las ciudades campamento (aglomeración provisoria de refugiados en un espacio alejado del mundo), y un fenómeno más complejo de "barbarización" de lo social, es decir, el recrudecimiento de la violencia entre la guerra y la sociedad.

ABSTRACT

Inside wars, violence and unfinished emigrations, fifty millions of refugees and displaced people have a life distant in some opportunities during a long time from social an ordinary spaces (many years, complete livelihoods). They are new ways of precarious urbanization, provisional or clandestine, marked by the accumulation of material and social detriment, by the plunder and the rejection. This is at the same time an human and urban condition, that we want to call *nude city*. This article evoke three ways of observing this condition: the destroyed cities (as exemplar case of the original destruction caused by plunder), the cities - encampments (provisional agglomeration of refugees in a space away from the world), and a more complex phenomenon of penetration and degradation of society by violence and war.

La Ciudad Desnuda. Surgimiento de una nueva condición humana*

Generalmente, se admite en Europa que el mundo va hacia el bienestar social, aun si una parte mal integrada se queda rezagada. Las “*théorie de la société en sablier*”**, ha demostrado lo que puede haber de inquietante en esa felicidad egoísta. La clase media (en sentido estadístico intermedio) tiende a reducirse, mientras que los antiguos extremos jerárquicos, superiores e inferiores, se inflan y se alejan cada vez más en su cotidianidad: de un lado, las categorías competitivas se globalizan a gran velocidad y, más allá de las fronteras nacionales, se vuelven más parecidas en la organización del trabajo, de los modos de consumo y de comunicación; del otro, las clases “inferiores” son formadas por varios grupos económicamente dependientes, pobres y empobrecidos, para los cuales la localización permanece en un horizonte infranqueable, y que son de alguna manera protegidos por las políticas sociales nacionales.

Pero esta bipolarización económica y social no es más que una parte de las tendencias actuales. Es necesario complejizar el cuadro, globalizarlo saliendo de los marcos nacionales. Sin duda, sólo hay actualmente una “pequeña burguesía planetaria”³: modo de vida, medios de transporte, espacios frecuentados, gustos y centros de interés son cada vez más convergentes más allá de las diversidades de apariencia (una estética étnica es de buen tono). Todo esto define el mundo acolchonado, limpio, mimético de “la ciudad genérica (...) cuyo aeropuerto es un barrio”⁴. Ella

forma, nosotros formamos, una comunidad en red transnacional, marcada a la vez por la homogeneización social y el distanciamiento de las identidades sociales o étnicas, que se vuelven cada más insignificantes. Dotadas de posiciones y de competencias globalizadas, es la *jet society**** transformada en categoría social planetaria.

Otro mundo, o conjunto de múltiples mundos sociales está dominado y fascinado por el primero: trabajadores precarios, salarios empobrecidos, jóvenes de suburbios populares a la espera de alguna alternativa de un contrato temporal, desempleados en busca de una oportunidad, legal o ilegal. Es un mundo sumergido en lo local y en los irremediables definidores regionales o étnicos de identidad no escogida, con frecuencia estigmatizada (“negros”, “pobres”, “indios”, “suburbanos”, etc.). Si una cierta movilidad es posible, ésta puede ser tanto descendente como ascendente. Pero esta bipolarización económica y social es sólo una parte de las tendencias actuales. Es necesario complejizar el cuadro, globalizarlo, saliendo todavía más de los marcos nacionales. Las ciudades y barrios precarios de los países del Sur exponen escuetamente esta realidad urbana ampliamente desprovista de la materialidad y de la institucionalidad que se atribuye, generalmente, a la ciudad –considerada como la realización de las ideas del Urbanismo, de la Arquitectura y de las Políticas Urbanas. La confrontación a esta “ciudad” definida literalmente como una simple “implantación relativamente permanente y densa de individuos heterogéneos”⁵ lleva a preguntarse sobre eso que debe ser, en situaciones extremas pero

* Traducción del francés: Esperanza Torres, revisada por María Mercedes Maldonado.

** La traducción literal es “la teoría de la singularité quelconque, París, Seuil, 1990, p. 64.”

³ G. Agamben, *La communauté qui vient, Théorie de la singularité quelconque, Paris, Seuil, 1990, p. 64.*

⁴ R. Koolhaas, “*La ville générique*”, *L'architecture aujourd'hui*, no. 304, 1996, pp. 70-77.

*** En inglés en el texto.

⁵ Son términos minimalistas con los cuales Louis Wirth, uno de los primeros sociólogos urbanos, define la ciudad en los años 1930 («*Le phénomène urbain comme mode de vie*»). 1938, en *L'école de Chicago*, Y. Grafmeyer y I. Joseph, eds. Paris, Ed. du Champ Urbain, 1979, p. 260.

⁶ Ver M. Agier, L'invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas. Paris, Editions des Archives contemporaines, 1999.

* En inglés en el texto.

⁷ Ver J. Rancière, Aux bords du politique, Paris, La Fabrique, 1998.

territorios 7

no lejos de allí, una *ciudad* desnuda, es decir, una clase de vida citadina sin ciudad estabilizada sobre el plan material o político. Se habla de un modelo antropológico (en ese sentido, para el antropólogo, la ciudad es aquella donde los ciudadanos edifican socialmente y simbólicamente y no ésa de formas e instituciones urbanas) o de un estado real de la condición humana sobre una gran parte de nuestro planeta, una parte de la humanidad marcada por diversas formas de despojo. Las dos a la vez, me parece, como lo vamos a ver.

Las *favelas*, los ranchos, las barriadas, los *slums*^{*}, y otros barrios llamados “espontáneos” (en África) albergan, hoy, entre el 50 y el 75% de las poblaciones urbanas en los países del Sur.

Sabemos que la Conferencia de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Hábitat II, Estambul, 1996) estimó en 500 millones el número de personas que habitan en viviendas precarias, o sea, 20% de ciudadanos en el mundo, y a 100 millones el número de personas sin techo. En estos lugares, el reconocimiento como barrio de ocupación originariamente precario y generalmente ilegal (una “invasión”) es un *status* para conquistar, con todos los derechos que esto puede conllevar en lo que respecta al acceso a los servicios urbanos: asfalto, alcantarillados, agua, electricidad, recolección de basuras, transporte. En esta precariedad de las periferias, la vida urbana no se revela más que en una etnografía indispensable, la única que puede ayudar a describir e interpretar las situaciones cotidianas, que de alguna manera, es la única información segura y manejable.

La ciudad es, entonces, justo eso que los ciudadanos hacen, dicen y perciben de ella, a partir de un cierto despojo no sólo material sino también económico, político y eventualmente social⁶.

Las periferias urbanas representan un cierto margen de la sociedad, no necesariamente excluidas, pero al límite de lo social y al mismo tiempo al *borde* de lo urbano –en el sentido en que Jacques Rancière habla de un *borde* de lo político⁷. Pero esto no es nada, puesto que su etnografía no hace más que mostrarnos un pequeño pedazo de la *ciudad desnuda*: algunas ramificaciones de un mundo más sombrío, menos visible –disparos en una calle, mujeres desplazadas mendigando en los semáforos, niños durmiendo en las calles. Hay otras maneras más directas, radicales, de ver formarse la ciudad desnuda, en la cual fracasan, hoy millones de seres humanos. Evocaré tres, para demarcar en una primera aproximación el objeto y los terrenos de esta investigación: las ciudades destruidas (como caso ejemplar de la destrucción original que provoca el despojo), las ciudades campamento (aglomeración provisoria de refugiados y desplazados), y la penetración y degradación de lo social (como recrudescimiento del ciclo de violencia). Estas tres formas resultan de un estado de generalización y de diseminación de las guerras –guerras “larvadas”, guerras “sucias”, guerras de “baja intensidad”, etc., que han invadido progresivamente nuestro planeta, tomando el lugar de las guerras

mundiales, de la guerra fría y del control que ejercían sobre los conflictos locales, del cual parecían depender y que hoy se extienden y gangrenan la vida social, particularmente allí donde ésta es más frágil.

El primer proceso es aquel de las ciudades destruidas. En una encuesta sobre Sarajevo en guerra, el arquitecto François Chaslin⁸ describe una ciudad que se desocupa y que luego es progresivamente destruida. La ciudad es desocupada, las calles populosas de otros tiempos, hoy, libres de vehículos, son atravesadas a la carrera por habitantes intimidados por los tiroteos de los *snipers** a sus espaldas, la ciudad en guerra se vuelve primero una ciudad solamente material, en ausencia de vida humana visible, socializada. Después, la ciudad sitiada, es odiada porque en Sarajevo en 1994 una dimensión de la guerra es el levantamiento del mundo rural agonizante contra las ciudades, las cuales para los combatientes son esos lugares del poder político y económico, allí donde se decide su propia desintegración social y donde se inicia la pérdida de su identidad. Puesto que las ciudades son vueltas lugares impuros por los rurales, que están a la buena de Dios, y que llegan en masa a ellas: François Chaslin observa este “odio de la ciudad también como lugar de mestizaje cultural y religioso, aquél de matrimonios mixtos, del abandono de antiguas hermandades, de los rituales ancestrales, de la erosión de valores tradicionales de la familia y del clan”⁹. Finalmente, la ciudad es materialmente destruida (las destrucciones de los monumentos en Sarajevo, Vukovar, Mostar, Dubrovnic): es lo que un arquitecto serbio, antiguo alcalde de Belgrado,

Bogdan Bogdanovic, llamó un “urbanicidio ritualizado”. Según él, la destrucción de la ciudad material manifestaba “en las almas miedosas de los destructores de ciudades” un odio contra la “urbanicidad” misma —en el sentido de modo de vida urbana—¹⁰. Vacía, odiada, destruida, al final de todos esos ataques está la “ciudad en su desnudez absoluta”¹¹, material pero también cultural y social. Las consecuencias violentas sobre la composición de la familia, la desaparición de sus bienes y de su vivienda, el cuestionamiento de la condición socioeconómica y de los referentes psicológicos de los individuos, crean una situación de despojo más o menos duradera según los recursos de cada uno y de las ayudas exteriores.

Después de la destrucción violenta de los bienes, de la vivienda, y de la cotidianidad social del individuo, un segundo proceso forma la ciudad desnuda. Se extiende en el mundo, particularmente desde de los años 1980-1990: se deriva de las formas más recientes de la guerra, de violencia política, de delincuencia organizada, de expoliación masiva de bienes. La Alta Comisión para los Refugiados de la ONU contabilizaba al final de los años 1990 cincuenta millones de víctimas de desplazamientos forzados, de los cuales entre trece y diez y ocho millones, según los años, eran refugiados *stricto sensu*, exilados fuera de su país y masivamente concentrados en Asia (cerca de cinco millones) y en África (de siete a ocho millones). Ellos se sumaban a los tres millones de palestinos refugiados desde los años 1940-1960 en distintos países del Medio Oriente. Además, un poco más de tres millones de personas eran

⁸ Une haine monumentale, Essai sur la destruction des villes en ex-Yougoslavie, Paris, Descartes & Cie., 1997.

* En inglés en el texto.

⁹ F. Chaslin, op. cit., p. 44.

¹⁰ B. Bogdanovic, «Urbicide ritualisé», cité par Olivier Mongin, Vers la troisième ville, Paris, Hachette, 1995, p. 63.

¹¹ F. Chaslin, op. cit., p. 11.

¹² Ver *Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR)*, *Les réfugiés dans le monde, Paris, HCR/La Découverte, 1997* y *M. Rapoport, Les réfugiés, Paris ou citoyens, Paris. Le Monde/Marabout, 1998. A esta evaluación de la HCR se suman, según algunos datos del Banco Mundial, cien millones de personas (entre ellas un gran número de pueblos autóctonos) expulsados y expoliados masivamente de sus tierras para desarrollar en esos terrenos proyectos forestales, mineros o agroindustriales.*

* *Comillas de la traductora.*

territorios 7

refugiados en vías de repatriación por la ACR (Alta Comisión para los Refugiados). En fin, de veinticinco a treinta millones de personas sufrieron desplazamientos forzados en su propio país como consecuencia de la violencia y de guerras internas (un millón en Sri Lanka, dos millones en Colombia, tres millones en Sudán)¹². Refugiados y desplazados se encuentran en situaciones donde la violencia cotidiana y la pobreza agravan sistemáticamente las causas tradicionales (políticas) del exilio. Estos procesos anuncian una forma nueva de urbanización, caracterizada por la errancia, la inestabilidad y el despojo de manera durable y aún permanente. Es el caso de los “desplazados del interior”, estigmatizados, “arrinconados”*, cuya existencia, con frecuencia, no es reconocida y cuya sobrevivencia generalmente pasa por la invasión de terrenos urbanos, de viviendas, se reduce a ingresos informales y a veces a la pequeña criminalidad, como es el caso de los suburbios de las grandes ciudades colombianas (Agua Blanca en Cali, Ciudad Bolívar en Bogotá). Es también el caso de agrupaciones en campos extensos de refugiados (por ejemplo en Kenya, en Uganda o en el Congo Democrático, ex Zaire) o aun en los campamentos de desplazados del interior. Así entre los cuatro millones de sudsudaneses expulsados de sus tierras por el conflicto con el Norte y el Estado nacional, una parte está refugiada en los países limítrofes (Kenya, Uganda) pero más de un millón son agrupados en campamentos de desplazados en la periferia de la capital, Khartoum. Debido a su tamaño y a su permanencia, los campamentos terminan for-

mando una especie de ciudades. Situaciones concebidas por todos (ACR, organizaciones humanitarias y los mismos desplazados) como provisorias (y, por lo tanto, necesitan intervenciones urgentes), de ajustes temporales, se instalan a largo plazo y eventualmente sobre un espacio que se transforma entonces radicalmente. La población puede alcanzar varias decenas de miles de habitantes relativamente estabilizados después de cinco o diez años, aún más. Es el caso del campamento de Kakuma, situado en la frontera entre Kenya y Sudán, abierto hace diez años, cuenta hoy con cerca de cincuenta mil habitantes. Kakuma agrupa sobre todo hombres y jóvenes que han huido del Sudán hecho trizas por la guerra para evitar el llamado forzoso a la guerra o los efectos devastadores del conflicto” y quienes en el campamento, viven “una especie de no-existencia”, según los términos utilizados en un documento de la ACR sobre Kenya. En otra parte del país, cerca de la frontera con Somalia, los tres campamentos de Dadaab, abiertos en 1991 y 1992, agrupan actualmente 124.000 habitantes, la mayoría refugiados (o niños de refugiados) venidos de la vecina Somalia. También es el caso en los campamentos de Goma en el ex Zaire (donde 700.000 ruandeses fueron amontonados durante dos años entre 1994 y 1996 en la frontera de su país). La inactividad, la ausencia total de derechos fuera del campamento en el país receptor y la proximidad de poblaciones diferentes que pueden estar aún en conflicto, han ocasionado diferentes formas de violencia en los campamentos y entre éstos y las poblaciones autóctonas de los alrededores. Salidos de

un mundo local sin haber sido insertados en otro, ni del pueblo ni de la ciudad, los refugiados son artificialmente, “puestos” sobre un espacio de manera imprevisible. Son agrupados según criterios geopolíticos y según una gestión de riesgo inmediata frente al recrudecimiento, siempre posible, de la violencia social o étnica. De esta forma, ellos experimentan una cierta irrealidad de su situación.

La lógica del despojo total (material, económico, social) que coloca ese mundo social en una especie de cuarentena, depende del proceso más general de formación de no-lugares, que Marc Augé describe: los no-lugares son esencialmente el resultado de una pérdida –pérdida de tierra, de una casa, de un pueblo, es decir, atributos de identidad, de relación y de memoria ligados a un lugar¹³-. Los éxodos y desplazamientos forzados constituyen el instante visible de un proceso de despojo al cual son confrontados los desplazados: pérdida brutal y simultánea del empleo, de la vivienda, de lazos familiares, de recursos naturales y a veces hasta de la nacionalidad. En la acumulación, hoy banalizada, de todas esas pérdidas, se perfila el límite extremo de la vida, aquel donde los seres no existen ni muertos ni son completamente humanos. Su alejamiento hace a estas poblaciones distantes, invisibles. Mantenido a distancia, dan lugar al surgimiento de teorías impensadas sobre la estructura social, su existencia permanece imprevisible aun cuando se suele decir que ya es millonaria a escala mundial. Situaciones de espera (campamentos implantados en zonas desérticas o refugios individuales en las periferias) se instalan en el tiempo y, de manera intercalada

en el espacio, sin llegar a transformar las instituciones y las representaciones de la acción política, las que permanecen como ausentes, incluso desconocidas. Sin embargo, es allí donde se crea la base de otro mundo.

Particularmente, uno puede preguntarse sobre la verdadera evolución que va de las épocas medieval y moderna europeas, marcadas por la integración, pasando por el encierro en la ciudad de los marginados y enfermos considerados como “inútiles para el mundo” (el “patio de los milagros”, los hospitales)¹⁴, hasta hoy y la agrupación fuera de la ciudad de los desplazados y refugiados considerados como, algo más que inútiles, seres que estorban y que son “indeseables para el mundo”. Todo sucede como si la urgencia actual fuera la de confinar esta condición, insostenible porque es inconcebible, fuera del mundo social, fuera de la vista.

Según Giorgio Agamben, el campamento se ha vuelto el paradigma de lo que hay de más extremo en nuestro mundo moderno. Es el lugar donde se cuestiona la humanidad elemental: zona de transición entre la naturaleza y la cultura, figura preliminar maldita, la “vida desnuda” es una vida indefinida “que ha sido separada de su contexto y que, habiendo sobrevivido a la muerte, se ha vuelto incompatible con el mundo humano”¹⁵. Es un paradigma, según él, “biopolítico”: que ya sea de concentración, de tránsito o de refugiados, el campamento instaura el despojo alrededor de la sola vida biológica. Ocupa el lugar de la ciudad política. Ni amigo ni enemigo, ni ciudadano, ni extranjero, el refugiado en principio no tiene derecho de trabajar la tierra alrededor del campamento

¹³ M. Augé, *Non-lieux*, París, Seuil, 1992.

¹⁴ Ver B. Geremek, *La potence et la pitié. L'Europe et les pauvres du Moyen Âge à nos jours*, París, Gallimard, 1988.

¹⁵ G. Agamben, *Homo sacer: le pouvoir souverain et la vie nue*, París, Seuil, p. 110.

¹⁶ G. Agamben, op. cit., p. 184.

¹⁷ Como lo ha observado el escritor albanés Ismail Kadaré («Un peuple de deux millions d'êtres est devenu libre», Le Monde, 25.03.2000, suplemento, p. III).

territorios 7

donde vive, tampoco al interior de éste. No tiene que trabajar para ganarse la vida, puesto que la vida le es dada por el derecho humanitario. La aplicación de este derecho establece una contradicción entre la vida biológica mínima y la existencia social y política de los individuos: el refugiado no hace nada (su única solución es, entonces, la ilegalidad). “En la medida en que sus habitantes han sido despojados de todo status político y reducidos integralmente a la vida desnuda, el campamento es también el espacio biopolítico absoluto que haya sido jamás realizado, donde el poder no tiene frente a sí mismo nada más que la vida pura, sin mediación alguna”¹⁶. La pérdida de la mediación social deja la vida desnuda dependiendo del auxilio humanitario, que no equivale a un derecho político debido a su carácter de urgencia, minimalista, más allá de la ciudadanía. En este contexto, la pregunta que surge cada vez más se refiere a la posibilidad que tienen todavía los seres humanos expoliados, expulsados, rechazados e indeseables de reconstruir lazos sociales y simbolizar su relación con el mundo material.

Más que una urbanización de un nuevo tipo, es una forma nueva de existencia social que es creada por el agrupamiento duradero de la masa de individuos en tránsito después de haber sido producidos por la violencia y el despojo. Tres elementos me parece caracterizan de manera común y brutal los nuevos mundos sociales así creados. Primero, los habitantes de esta ciudad desnuda tienen en común el hecho de llevar sobre ellos los mares de la violencia, de la guerra. Han sido *manchados* moralmente y hasta físicamente por

el acto original que ha provocado su exilio, en la medida en que han sufrido o han presenciado actos de deshumanización. Así los rescatados dan testimonio de la meticulosidad de ciertas masacres en Colombia, donde las víctimas son tratadas como animales –cerdos, gallinas– por sus verdugos. Una vez muertos, son reducidos a un estado inhumano. La mancha original es constitutiva de la identidad vergonzosa de aquellos que han presenciado esas formas sucias de matanza. Más allá del ensuciamiento individual, está la idea, por ejemplo en los Balkanes, de que toda una región víctima de violencias es un “miembro enfermo” del “cuerpo de la Europa”¹⁷. Existe una relación entre el ensuciamiento individual (ensuciar al enemigo) y la ideología de un cuerpo social que ha sido ensuciado y que debe ser amputado de la parte malsana: se reproducen así los términos de la higiene naturalista y, más allá, del pensamiento racial, que fueron imaginados en el siglo XIX y en el seno de los cuales ha tomado sentido la idea de segregación, perfectamente realizada en la forma de campamento. El rechazo es asimilable al racismo, es una especie de biosegregación, si se admite la necesidad de este neologismo. De su parte, la constitución contradictoria del mundo de los desplazados y refugiados hace convivir a los representantes de los partidos asesinos y víctimas, los culpables y los inocentes, entre los cuales la sospecha hace difícil el intercambio y la autoidentificación. Ese mundo moral y físicamente “sucio” molesta a los grupos sociales y a las naciones que se consideran “limpios”. Entonces, cuando éstos van a la guerra, como los Esta-

dos Unidos y la OTAN en Kosovo en 1999, imponen el concepto péfido de la “guerra limpia”. El *full contact** es mantenido en la ficción de las películas de acción y de los juegos video; al contrario, en la realidad, la ausencia de intervención terrestre y el recurrir únicamente a los ataques aéreos deben dar testimonio de la voluntad segregacionista, higiénica, de guardar la distancia. La invención de una diferencia elemental, epidérmica y biológica justificaría la puesta en cuarentena y al fin de cuentas el rechazo del diálogo político así como del contacto físico.

El segundo elemento común de los habitantes de esta ciudad desnuda, de la cual tratan de diseñar su perfil, es el estado liminar**. Así, los términos que designan generalmente esta condición en diferentes países –“desplazados”, “rechazados”, “despojados”, “expulsados”, etc.– enfatizan el movimiento inacabado, es decir, en el instante y el estado intermedio entre un punto de partida y un punto de llegada o de regreso, pero aún inaccesibles por largo tiempo: “refugio” designa un abrigo provisional, esperando algo mejor. Para todos, es una condición liminar de alguna manera, cuya irrealidad social puede hacer pensar en el rito, cuando se opone lo ritual a lo social. Ubicados fuera del mundo social, fuera del tiempo, fuera de las ciudades, en los márgenes de la periferia y algunas veces en los campamentos, todos son indeseables. Es esto lo que muestra el caso de los desplazados en Colombia: la dificultad de identificar una “comunidad” de *desplazados* se debe no sólo a su heterogeneidad sino también a la dificultad para localizarla, encontrarla y dialogar con

ella. Esta dificultad se debe a la característica que es, sin duda, la única unificadora de esta categoría, a saber, la entrada brutal en una situación de despojo en la cual las energías se concentran sobre una estrategia de pura sobrevivencia física o biológica, en ausencia de todo proyecto de vida, individual o familiar. Se trata de un derecho mínimo a la humanidad que se concreta generalmente en la ilegalidad, en la medida en que la pérdida original y la ausencia de respaldo institucional han retirado a las personas y a las familias toda idea de reconocimiento social: identidad generalmente vergonzosa, arrinconada, o clandestina, la identidad de *desplazado* acumula una serie de estigmas, entre los cuales los de la violencia y de la ilegalidad son reportados con sospecha sobre los desplazados mismos por los funcionarios encargados de interrogarlos, por los habitantes de las ciudades y más precisamente de las zonas periféricas a donde llegan. Los desplazados se encuentran, así, fuera del *nomos*¹⁸, sin rol social ni moral previstos, en un estado flotante, liminar y de abandono, en el cual no saben con certeza si es realmente provisional o duradero. ¿Cómo rehacer este marco, cómo redefinir un lugar, unas relaciones, una identidad? Las manifestaciones de apatía, agresividad o intolerancia identificadas por los psicólogos entre los grupos de *desplazados* hacen referencia, me parece, a este estado flotante, de indefinición y finalmente a un espacio-tiempo más o menos duradero de *anomia*, en donde la ausencia de proyectos individuales, familiares o comunitarios es otro aspecto también manifiesto.

* En inglés en el texto.

** *Liminar quiere decir que sirve de introducción.* (Nota de la traductora).

¹⁸ G. Agamben, op. cit.

¹⁹ Ver E. Jean y J.-C. Rufin (dir.), *Économie des guerres civiles*, Paris, Hachette, 1996.

²⁰ A. Salazar, *No nacimos pa' semilla*, Bogotá, CINEP, 1999, p. 189.

territorios 7

Es en este marco donde se forma una tercera característica de la ciudad desnuda, que redobla sus causas primeras y refuerza el proceso de su formación: una parte está dada por eso que ciertos autores llaman la "criminalización de las economías de guerra civil"¹⁹. Se traduce también, desde otro punto de vista, en una barbarización de lo social en situaciones que son a la vez (y sólo a la vez) más precarias económicamente y las más afectadas por las empresas bélicas. La precariedad económica no es nueva pero sobre ella se injertan las ramificaciones de los grupos y redes que viven de la guerra. Esto produce la proliferación de grupos de delincuencia que pueden convertirse en escuadrones de "limpieza social", "limpieza étnica" o violencia política, en milicias guerreras o que pueden alternar estos diferentes roles: es lo que sucede entre las guerrillas u organizaciones paramilitares de Sierra Leona, Congo, ex Zaire, Sudán, Timor Oriental, Colombia, etc., en las bandas armadas de "Ninjas" y "Cobras" (en el Congo, en Sierra Leona o en Timor Oriental), como en los "Caballos" (grupos de "limpieza social" de Cali, Agua Blanca) o entre las 120 bandas de sicarios de Medellín que agrupan un total de más de 3.000 jóvenes²⁰. Los efectos del despojo material, político y social se conjugan y son criminalizados por la impunidad de la violencia política y por su conformación en redes por los grupos armados. Ilustraré este punto con algunos datos de una investigación realizada en Cali. Entre los numerosos barrios que componen el distrito de Agua Blanca, al este de la ciudad, la "invasión" de Sardi cuenta con cerca de 400 vi-

viendas y 2.500 habitantes. Instalados en la ilegalidad desde finales de los años 1970, la población vive en construcciones precarias (planchas de lata y chatarra, hojas plásticas y algunos ladrillos) conectados al sistema de agua y de electricidad clandestinamente. La invasión tiene, de manera general, una función de colador para filtrar la entrada de migrantes del litoral del Pacífico hacia el barrio Charco Azul (que forma parte del distrito de una manera desligada, suelta), donde los habitantes disponen de condiciones de vida ligeramente mejores y sobre todo de viviendas y de infraestructura legalizada. A pesar de su estado provisorio e ilegal, la invasión de Sardi ha visto la estabilización de un núcleo de habitantes que se ha mantenido desde hace cerca de veinte años en un estado crónico de precariedad.

Estadísticas de la Arquidiócesis de Cali sobre los desplazados llegados a esta ciudad indicaban la presencia en 1996 de 106 desplazados a Sardi, o sea más de la mitad de todos aquellos registrados en Agua Blanca. Tres años más tarde, la mayor parte de ellos ya no estaba allí. A pesar de que muchos desplazados no se muestran como tales, esos movimientos son debidos, según las informaciones recogidas entre los habitantes de la invasión, a simples desplazamientos hacia otros barrios, al clima de violencia que reina en la invasión, al hecho de haber sido detenidos por la policía o al miedo hacia los grupos de "limpieza social".

Algunas informaciones sobre los grupos de "limpieza social" y sobre la manera como participan en la generalización de la violencia se encuentran en la historia de P., habi-

tante de la invasión de Sardi. A los 32 años, ya tiene un itinerario de delincuencia marcado por varios robos, agresiones y homicidios cometidos desde la edad de 13 años y una vida marcada por la huida ante las persecuciones y venganzas de víctimas o de antiguos socios. P. hizo, hasta hace poco, varios viajes entre Buenaventura, ciudad del litoral del Pacífico donde nació y vivió con su madre hasta la edad de diez años (momento en el cual él se independizó, según dice) y Cali, donde reside a veces con su padre, otras donde una hermana y el resto del tiempo en arrendamiento o en viviendas que son rápidamente compradas y luego revendidas. En 1990, después de haber comprado una casa en la invasión de Sardi cerca de su hermana, encontró a un antiguo socio de pandilla venido de Buenaventura. Con otras cuatro personas crearon una "organización" de defensa del barrio contra robos y agresiones de bandas provenientes de otros barrios del distrito de Agua Blanca. En poco tiempo se ganaron el apoyo de la población y del comité del barrio (que comienzan a llamarlos a partir de ese momento "Los Caballos"), comenzaron a ser remunerados por los habitantes, y luego solicitados por comerciantes del barrio y de barrios vecinos para intervenir como sicarios (asesinos a sueldo) contra raponeros y ladrones. Disensiones importantes al interior de la "organización" los llevaría a la disolución del grupo, pero la madre de P. (que lo había acompañado a Cali en su último viaje), fue asesinada por un miembro de la banda porque "ella le había pisado los pies". Amenazado por sus acólitos, P. se fue de nuevo hacia Buenaventura donde, querien-

do instalar un comercio, se encontró frente al almacén de un comerciante que él había herido gravemente doce años atrás. Temiendo ser víctima de un asesino a sueldo, regresó a Cali donde trabajó durante un tiempo en la construcción antes de encontrarse nuevamente sin empleo. Separado de su esposa y padre de dos niños, viviendo en una pequeña pieza en la invasión de Sardi con su hijo de 12 años, su hermana (que trabaja en un restaurante) y su marido (obrero en carpintería), no tiene ninguna perspectiva: "y ahora, no sé lo que vendrá", dice. Hace algunos meses, frecuenta la *Iglesia Cristiana Evangélica "Nueva Vida en Cristo"*, situada al límite entre el barrio Charco Azul y el otro, relativamente de más recursos y más blanco, Villa de Lagos: ir todas las noches a la iglesia le ayuda, dice él, a ser menos agresivo y sobre todo "las personas comienzan a hablarme como a un amigo". Así está construyendo rápidamente una imagen de honestidad y de integración social, sin dejar el barrio ni perder la relativa buena reputación que había adquirido ante ciertos habitantes como defensor ilegal de la invasión.

La relación permanente de P. y de su pandilla con la ciudad de Buenaventura y, en esta ciudad, con otro grupo (la banda llamada del "Rasta") desempeñándose como red en el tráfico de droga entre la selva del litoral del Pacífico (cultivo y transformación de la coca) y las ciudades de Buenaventura y Cali, pone en contacto esas bandas con los grupos armados (tanto aquellos de la guerrilla como los paramilitares). Esos contactos son de doble sentido: de una parte, son redes de reclutamiento para la guerra que suministran recur-

territorios 7

²¹ M. Pollak habla a partir de informaciones sobre la vida de deportados de la Segunda Guerra Mundial de un «grupo de destino que se funda sobre la conciencia común de una existencia diferente». (L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale, París, Métailié, 2000, p. 13).

territorios 7

son y un “empleo” a los jóvenes de las bandas delincuenciales urbanas; y de otra parte son medios y apoyo que los grupos armados dan a las bandas de delincuentes, favoreciendo su permanencia y reproduciendo su ejemplo de “éxito” en un medio marcado por la miseria y por la impunidad de la violencia política, la más visible de las violencias.

Nos encontramos, entonces, en un margen de derecho a la vida (el simple hecho de ser humano es puesto en tela de juicio). Allí, es necesario interrogarse sobre la posible reconstrucción de lazos, de identidades y de razones de vivir en esos contextos extremos, portadores de desafíos nuevos para los investigadores en ciencias sociales así como para los actores políticos. ¿Cómo pueden miles de seres humanos, desprovistos y arbitrariamente reunidos en un espacio extraño donde no tienen nada que hacer, reconstituir sociabilidades y, con el fin de hacerlas posibles, reedificar una relación con el espacio, aún modelarlo y así “construir una ciudad”?

En los campamentos de Kenia o de Sudán, por ejemplo, especies de barrios se forman entre los diferentes “bloques” y “secciones” oficialmente atribuidos; ciertos lugares son nombrados por los habitantes; agrupaciones étnicas, jefes políticos, de la prostitución, de la vivienda en autoconstrucción y de la economía informal se desarrollan. De hecho, un ambiente urbano se constituye, aun si no tiene una existencia legal, puesto que no se habla más que del campamento y del regreso y, por el contrario, es políticamente im-

posible mencionar el paso de lo provisional a lo duradero, del campamento a la ciudad. Más aún, acciones políticas toman origen en esos espacios y momentos de espera por los que pasan los desplazados. En Colombia, después de 1998, los desplazados realizan acciones políticas de un nuevo tipo: elementales en sus formas (invasiones, ocupaciones) como en sus reivindicaciones (alimento, vivienda), toman como objetivo los interlocutores más cercanos a su existencia real y, por lo tanto, los más mundializados, tales como las ONG y las instituciones internacionales humanitarias: ocupación de la sede de la Alta Comisión para los Refugiados en agosto de 1999; asalto y ocupación de los locales de la Cruz Roja Internacional desde diciembre de 1999. Es así como colocándose en una escala global de reivindicación y de manifestación de identidad, los *desplazados* comienzan a existir como comunidad de palabra y van más allá del estigma de una identidad vivida individualmente como vergonzosa. Su toma de palabra, por sorprendente que sea desde el punto de vista de las formas y los principios políticos de los “movimientos sociales”, dan un sentido a cada una de las trayectorias individuales de rescatados y amenazados de la violencia, y manifiestan socialmente una identidad que no es, al fin de cuentas, ni étnica, ni regional, ni política (en el sentido de partidista) pero sí existencial²¹. Ésta se encuentra en la acción política realizada.

En los campamentos de refugiados así como en transhumancia urbana de desplazados, las situaciones son dominadas por la búsqueda de respuestas inmediatas al despojo, respues-

tas que oscilan entre el asistencialismo y la ilegalidad. Cualquier intervención o conexión externa representa una oferta sobre un “mercado” de resocialización puesto al descubierto por las destrucciones, los ensuciamientos y los preliminares que han marcado los recorridos: ONG internacionales, representantes del Estado nacional, instituciones (escuelas, etc.), diferentes iglesias, múltiples redes más o menos mafiosas, “étnicas” y criminales, están en competencia para suministrar los términos de la organización social y los valores morales, conglomerados irreconoci-

bles desde el punto de vista de estructuras sociales ordinarias. ¿Qué registro de valores se forma en esos mundos difusos de la ciudad desnuda? ¿Qué condiciones humanas nuevas se perfilan en estas experiencias? Estas preguntas deben hacerse, deben ser elaboradas y discutidas. Esto es urgente hacerlo puesto que entre más continúan existiendo las causas de las pequeñas guerras y de la violencia generalizada más allá de las previsiones geopolíticas inciertas, más crucial será que ese mundo sea reconocido en su existencia política y no sólo como problema humanitario.

